****

**Seminario Básico**

**Panorama del Antiguo Testamento**

**Clase 22: Ezequiel**

**\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_**

# Introducción a Ezequiel

Hace unas semanas, escuchamos a Isaías advertir al rey de Judá, Ezequías, acerca del ejército asirio, mientras le aseguraba que Dios lo cuidaría. La semana pasada, escuchamos al profeta Jeremías, que vivió un siglo después de Isaías, instando a Judá y Jerusalén a seguir la dirección del Señor al rendirse ante el ejército de Babilonia. Esta mañana, nos encontramos con el profeta Ezequiel, que vivió en la misma época que Jeremías, pero cuyo ministerio en realidad se estableció en el exilio en Babilonia. Iniciemos con un breve bosquejo biográfico de Ezequiel y una descripción general de la estructura del libro.

Los babilonios llevaron a los israelitas al exilio en Babilonia en varias oleadas, y Ezequiel se encontraba entre las primeras oleadas. Probablemente viajó a Babilonia en el año 597 a. C., junto con la familia real y otros ciudadanos importantes de Jerusalén. Recuerda, Jerusalén no fue completamente destruida hasta una década más tarde. Ezequiel había sido entrenado como sacerdote en Jerusalén, y conocía bien la vida religiosa de su pueblo. Tal vez incluso había escuchado a Jeremías predicar en Jerusalén antes de que se lo llevaran. Pero una vez en el exilio lejos del templo, puede haber parecido que este sacerdote no tenía futuro sirviendo al pueblo de Dios. Después de todo, el trabajo de un sacerdote estaba vinculado con el templo. Esa es una pregunta importante: ¿Dios todavía estará con su pueblo en el exilio? Dios preparó a este joven sacerdote para que respondiera esa pregunta.

Este libro ha sido considerado tan extraño que los rabinos judíos a menudo no permitían que los hombres jóvenes lo leyeran hasta que cumplieran treinta años. Pero realmente no es tan difícil de entender. Permíteme darte una breve descripción antes de sumergirnos en él. La estructura de Ezequiel es aún más clara que la de Isaías o la de Jeremías. Encaja en dos mitades. En los primeros veinticuatro capítulos, el Señor le dice a su pueblo que los babilonios destruirán Jerusalén. El clímax ocurre en el capítulo 24 cuando llega la noticia de que Ezequiel comenzó el asedio. Luego, los capítulos 25 al 48 se convierten en esperanza. Comienzan con las condenas de las naciones circundantes, específicamente: Amón, Moab, Edom, Filistea, Tiro y Egipto. Luego, en Ezequiel 33:21, llega la noticia de que Jerusalén ha caído. Desde ese punto, Ezequiel profetiza acerca de la esperanza y la restauración para el pueblo de Dios. El libro aparece en gran parte en orden cronológico, y las profecías de Ezequiel abarcan un período de dos décadas, aproximadamente desde el año 593 hasta el 571 a. C.

Además de esta cronología, Dios le da a Ezequiel tres secuencias de visiones, y si las entiendes, comprenderás el libro. La primera secuencia ocurre en los capítulos 1-3, donde Ezequiel, ahora en Babilonia, ve a Dios viniendo a él en una visión. La segunda secuencia ocurre en los capítulos 8-11. Es un flashback, por así decirlo, en el que Dios le muestra a Ezequiel cómo su presencia se apartó de Jerusalén debido a la adoración idólatra practicada en el templo. El libro luego concluye con una larga secuencia final en los capítulos 40-48, cuando Dios regresa a su pueblo en un templo reedificado.

Así que eso es Ezequiel en pocas palabras. Por el resto de nuestro tiempo, quiero que sigamos las tres secuencias de visiones que el Señor le dio a Ezequiel. Podemos resumir estas tres visiones como: Una visión de Dios el Rey; una visión de la salida de Dios; y una visión de la venida de Dios y la promesa del paraíso.

# Una visión de Dios el Rey

¿Alguna vez has visto a un niño hacer algo malo y luego recibir un «tiempo fuera» en la esquina para el castigo? El exilio babilónico fue como un gran descanso para el pueblo de Dios. Les dio un tiempo fuera de la tierra, el trono y el templo, todos los cuales habían comenzado a malinterpretar e incluso idolatrar. La Tierra Prometida, el linaje de los reyes davídicos y el templo (que simbolizaba la presencia de Dios) fueron todos buenos regalos suyos. Pero el pueblo había abusado de ellos. Los regalos se volvieron demasiado importantes. Entonces, Dios se los quitó llevando su pueblo a Babilonia. Los dejó a un lado durante setenta años para que pudieran volver a enfocarse en lo que era importante y por qué.

Así que pensemos un poco sobre este escenario. ***¿Qué crees que pensaba el pueblo de Dios mientras se encontraban allí en el exilio?***

La increíble verdad de Ezequiel es que Dios fue con su pueblo al exilio. Y así es como comienza la visión de Ezequiel. Con Dios llegando a su pueblo sin el templo, el linaje de David, o la tierra de Israel.

Dios se le aparece a Ezequiel en una extraordinaria visión de apertura, que comienza con las palabras: «Aconteció en el año treinta, en el mes cuarto, a los cinco días del mes, que estando yo en medio de los cautivos junto al río Quebar, los cielos se abrieron, y vi visiones de Dios» (1:1).

La visión en sí comienza con un poderoso viento:

«4Y miré, y he aquí venía del norte un viento tempestuoso, y una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de él un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía como bronce refulgente, 5y en medio de ella la figura de cuatro seres vivientes. Y esta era su apariencia: había en ellos semejanza de hombre. 6Cada uno tenía cuatro caras y cuatro alas» (1:4-6).

A medida que la visión continúa, vemos algunas criaturas muy extrañas rodeando el trono de Dios:

«15Mientras yo miraba los seres vivientes, he aquí una rueda sobre la tierra junto a los seres vivientes, a los cuatro lados. 16El aspecto de las ruedas y su obra era semejante al color del crisólito. Y las cuatro tenían una misma semejanza; su apariencia y su obra eran como rueda en medio de rueda. 17Cuando andaban, se movían hacia sus cuatro costados; no se volvían cuando andaban. 18Y sus aros eran altos y espantosos, y llenos de ojos alrededor en las cuatro. 19Y cuando los seres vivientes andaban, las ruedas andaban junto a ellos; y cuando los seres vivientes se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban» (1:15-19).

Después de una descripción más detallada de estas criaturas, una voz suena en lo alto. Y luego aparece el trono:

«25Y cuando se paraban y bajaban sus alas, se oía una voz de arriba de la expansión que había sobre sus cabezas. 26Y sobre la expansión que había sobre sus cabezas se veía la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él. 27Y vi apariencia como de bronce refulgente, como apariencia de fuego dentro de ella en derredor, desde el aspecto de sus lomos para arriba; y desde sus lomos para abajo, vi que parecía como fuego, y que tenía resplandor alrededor. 28Como parece el arco iris que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor» (1:25-28).

Saquemos cinco observaciones acerca de Dios de esta visión:

***Dios no es como nosotros***

Muchas personas han intentado dibujar, literalmente ilustrar, cómo debe haber sido esta visión para Ezequiel. Pero esa probablemente sea una tarea imposible. Esa es la razón de todo. Lo que Ezequiel pudo *ver* en esta visión fue que Dios no es como nosotros. Él es extraño, distinto a quienes somos. A menudo, suponemos que Dios es como nosotros. Pero la visión de Ezequiel nos permite ver cómo Dios es un ser completamente diferente de lo que somos. No podemos simplemente dejarlo a nuestra propia imagen. Él es inusual.

Ezequiel no dudó en describir todo lo que vio, pero se dio cuenta de la frecuencia con que usaba las palabras «apariencia» y «por así decirlo». Era «la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro», y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él. Parecía «como apariencia de fuego».

La Biblia llama a Dios «santo». Y no es que solo posea santidad; él *es* santo. Por tanto, debemos mostrar reverencia a Dios. ¡El propio Ezequiel cayó de bruces, incluso después de todo su entrenamiento teológico! Su nuevo conocimiento de Dios no lo hizo sentir más casual acerca de Dios en absoluto. Está impresionado por esta visión de Dios, como Job se impresionó cuando tuvo una visión de Dios.

***Dios es omnipotente y omnisciente***

Vemos aquí, también, que Dios es omnipotente y omnisciente. Tal vez hayas notado que los aros de las ruedas están cubiertos con ojos (1:18). Y las cuatro caras miran en todas las direcciones (1:6, 10, 17). Estas cosas muestran la omnisciencia de Dios: él lo ve todo. No hay nada que él no perciba. Él lo sabe todo. Y el hecho de que Dios puede estar en este carro que se mueve en todas las direcciones demuestra que él es todopoderoso. Él puede estar en cualquier lugar. ¡Ezequiel podía confiar en este Dios omnipotente y omnisciente!

## Dios no está limitado por las circunstancias

## Pero el verdadero punto para Ezequiel era que estaba viendo a Dios por completo. Después de todo, no estaba en Jerusalén ni en el templo. ¡Estaba en el exilio cuando tuvo una visión del Dios todopoderoso! Dios no está limitado a Jerusalén. La visión le aseguró a Ezequiel que Dios estaría con su pueblo donde sea que estuvieran dispersos. De hecho, Dios no está limitado a ningún lugar. Él se preocupa por todo el mundo, como nos recuerda el arcoíris en el versículo 28, que recuerda el pacto de Dios con Noé para todo el mundo.

***Dios toma la iniciativa***

Observa también que Dios toma la iniciativa. Él es quien viene a nosotros. Mira nuevamente el versículo 1: «los cielos se abrieron». Él eligió descender. Ezequiel no abrió los cielos y fue hacia él. Más adelante, en el versículo 3: «Vino palabra de Jehová». Y el versículo 4: «He aquí venía del norte un viento tempestuoso». Luego, en el versículo 25: «Se oía una voz». Y finalmente el versículo 28: «Oí la voz de uno que hablaba».

Como Moisés y la zarza ardiente. Como Isaías en el templo. Como Pablo de camino a Damasco. También con Ezequiel. Ninguno de estos hombres estaba buscando a Dios. Este Dios toma la iniciativa. Él viene a nosotros.

***Dios se comunica***

Y este Dios se comunica. ¿Notaste que la visión de Ezequiel culmina con una voz? ¿Con palabras? Si coreografiamos esta visión, no lo haríamos de esta manera. En estos días, nos gustaría un espectáculo, un espectáculo para los ojos. Pero aquí, la visión de Dios llega al clímax no con algo para los ojos, sino con una palabra para los oídos: «Oí la voz de uno que hablaba» (1:28).

Esta es la razón por la cual la Palabra de Dios es central en los servicios de nuestra iglesia. Tomamos tiempo para escuchar la Palabra de Dios porque él nos habla a través de su Palabra. Dios está comprometido a hablar con su pueblo, a conocerlos y a que lo conozcan. Y así con Ezequiel.

**[Preguntas]**

**Una visión de la salida de Dios**

La segunda gran visión en este libro es un flashback. Es una visión de la salida de Dios del templo en Jerusalén. Y esta visión nos recuerda cuán lejos estamos del paraíso. Ese verdadero paraíso no se encontrará en esta tierra.

Ciertamente, los compañeros exiliados de Ezequiel en Babilonia lo sabían. Sabían que Babilonia no era el paraíso. ¡Pero la visión de Ezequiel les mostró que tampoco lo era Jerusalén! Habían hecho todo lo posible para proteger a Jerusalén, pensando que al aferrarse a Jerusalén se estaban aferrando a Dios. Pero eso estuvo mal. Entonces, Ezequiel recibió otra visión, o una serie de visiones, en las que vio el pecado de Israel y la evacuación de Dios de Jerusalén. Dios entregó a su pueblo al cuidado de los dioses que ellos realmente amaban.

Los capítulos 6 al 24 son profecías contra Israel por su pecado. Dios quiere que el pueblo sepa exactamente por qué los abandonó. Las profecías contra Israel comienzan en los capítulos 6 y 7, y el Señor promete: «Apartaré de [mi pueblo] mi rostro» (7:22), tal como lo prometió por medio de Jeremías: «Les mostraré las espaldas y no el rostro» (Jeremías 18:17). Pero la raíz de la queja de Dios contra su pueblo se le muestra a Ezequiel en los capítulos 8 al 11. Comenzando en los capítulos 8 y 9, Dios le da una visión muy específica de la idolatría que se practica en el templo. En los capítulos 10 y 11, la visión continúa, pero ahora Ezequiel ve a Dios apartándose del templo y sus alrededores, así como el pueblo se había apartado de la adoración a Dios. La visión finaliza en el capítulo 11 cuando el Señor sale de la ciudad. Aquí hay una muestra de esta visión:

«1 En el sexto año, en el mes sexto, a los cinco días del mes, aconteció que estaba yo sentado en mi casa, y los ancianos de Judá estaban sentados delante de mí, y allí se posó sobre mí la mano de Jehová el Señor. 2Y miré, y he aquí una figura que parecía de hombre; desde sus lomos para abajo, fuego; y desde sus lomos para arriba parecía resplandor, el aspecto de bronce refulgente. 3Y aquella figura extendió la mano, y me tomó por las guedejas de mi cabeza; y el Espíritu me alzó entre el cielo y la tierra, y me llevó en visiones de Dios a Jerusalén, a la entrada de la puerta de adentro que mira hacia el norte, donde estaba la habitación de la imagen del celo, la que provoca a celos» (8:1-3).

«9Me dijo luego: Entra, y ve las malvadas abominaciones que éstos hacen allí. 10Entré, pues, y miré; y he aquí toda forma de reptiles y bestias abominables, y todos los ídolos de la casa de Israel, que estaban pintados en la pared por todo alrededor» (8:9-10).

«22Después alzaron los querubines sus alas, y las ruedas en pos de ellos; y la gloria del Dios de Israel estaba sobre ellos. 23Y la gloria de Jehová se elevó de en medio de la ciudad, y se puso sobre el monte que está al oriente de la ciudad» (11:22-24).

El pueblo había ocasionado esta separación antinatural, este divorcio, entre ellos y Dios, ¡por ir tras otros dioses! Y en los capítulos 16, 20, y 23, el Señor usa un lenguaje más gráfico para acusar a Jerusalén de una atroz infidelidad. Él les dice:

«15Pero confiaste en tu hermosura, y te prostituiste a causa de tu renombre, y derramaste tus fornicaciones a cuantos pasaron; suya eras. 16Y tomaste de tus vestidos, y te hiciste diversos lugares altos, y fornicaste sobre ellos; cosa semejante nunca había sucedido, ni sucederá más. 17Tomaste asimismo tus hermosas alhajas de oro y de plata que yo te había dado, y te hiciste imágenes de hombre y fornicaste con ellas; 18y tomaste tus vestidos de diversos colores y las cubriste; y mi aceite y mi incienso pusiste delante de ellas. 19Mi pan también, que yo te había dado, la flor de la harina, el aceite y la miel, con que yo te mantuve, pusiste delante de ellas para olor agradable; y fue así, dice Jehová el Señor» (16:15-19).

Muchos años antes de los tiempos de Ezequiel, Dios había advertido a su pueblo a través de Moisés que los enviaría al exilio si le eran infieles. En uno de los últimos discursos de Moisés al pueblo de Israel antes de entrar en la Tierra Prometida, él profetizó esto: «Así como Jehová se gozaba en haceros bien y en multiplicaros, así se gozará Jehová en arruinaros y en destruiros; y seréis arrancados de sobre la tierra a la cual entráis para tomar posesión de ella. Y Jehová te esparcirá por todos los pueblos» (Deuteronomio 28: 63-64).

El pueblo de Dios, como dije, causó esta separación antinatural, este divorcio. Y ahora pagarían el precio. Después de todas las acusaciones punzantes contra la infidelidad de Israel que hemos leído, leemos al principio del capítulo 24:2: «Hijo de hombre, escribe la fecha de este día; el rey de Babilonia puso sitio a Jerusalén este mismo día». En el asedio, Jerusalén comenzó a sufrir el castigo de la deserción de Dios.

En los capítulos 25 al 32 y en el capítulo 35, la atención de Ezequiel se aleja de los israelitas y se dirige a las naciones. Así como aprendimos de los últimos capítulos de Jeremías en nuestro estudio anterior, aprendemos aquí que la justicia de Dios no se limita a su pueblo. Las naciones que parecían victoriosas, tanto para sí mismas como para los israelitas exiliados, estaban en problemas con Dios. Dios también las juzgaría. El pueblo de Dios podría estar seguro de que solo Dios es soberano sobre todas las naciones.

Luego, en los capítulos 33 y 34, Dios llama la atención de su pueblo por dos razones. Primero, dice, los líderes son corruptos y solo se cuidan a sí mismos (34:2). Segundo, el pueblo ha ignorado su Palabra.

«30Y tú, hijo de hombre, los hijos de tu pueblo se mofan de ti junto a las paredes y a las puertas de las casas, y habla el uno con el otro, cada uno con su hermano, diciendo: Venid ahora, y oíd qué palabra viene de Jehová. 31Y vendrán a ti como viene el pueblo, y estarán delante de ti como pueblo mío, y oirán tus palabras, y no las pondrán por obra; antes hacen halagos con sus bocas, y el corazón de ellos anda en pos de su avaricia. 32Y he aquí que tú eres a ellos como cantor de amores, hermoso de voz y que canta bien; y oirán tus palabras, pero no las pondrán por obra».

¡El pueblo se sentaría simultáneamente, escucharía y disfrutaría la Palabra de Dios y luego la ignoraría! Ellos se someterían a todas las formalidades de adoración a Dios, pero sus corazones estaban dedicados a los ídolos. En resumen, el pueblo de Israel estuvo tentado a confiar en la riqueza de su tierra. Estuvieron tentados a confiar en la estabilidad política del linaje davídico e incluso en el templo mismo. Todo el tiempo ignorando la Palabra de Dios. Así que ninguna de estas cosas salvaría al pueblo de Dios.

**Una visión de la venida de Dios y la promesa del paraíso**

La última sección de la profecía de Ezequiel contiene varias visiones de esperanza más famosas. En el capítulo 36, por ejemplo, leemos acerca de la notable promesa de Dios de reunir a su pueblo de las naciones, limpiarlos de sus impurezas e ídolos, reemplazar sus corazones de piedra con corazones de carne, y otorgarles su Espíritu que los llevará a seguir sus caminos y guardar sus mandamientos (36:24-28). En el capítulo 37, vemos cómo sucederá esto en la notable visión de Ezequiel del valle de los huesos secos. Ezequiel predica la Palabra de Dios, ¡y los huesos cobran vida!

La última gran serie de visiones en el libro aparece en los capítulos 40 al 48, donde Dios le muestra a Ezequiel un nuevo templo. El primer templo había sido destruido con la invasión de Babilonia después de la salida de Dios.

Ahora bien, algunas personas pueden considerar esta última visión de un nuevo templo como una adición aburrida que llena nuestras Biblias y confunde nuestras mentes. ¿Es esto solo un garabato arquitectónico de un sacerdote desempleado en Babilonia sin nada mejor que hacer?

¡Por supuesto que no! En cambio, Dios le dice a Ezequiel: «Hijo de hombre, mira con tus ojos, y oye con tus oídos, y pon tu corazón a todas las cosas que te muestro; porque para que yo te las mostrase has sido traído aquí. Cuenta todo lo que ves a la casa de Israel» (40:4). Este es el clímax de todo el libro. Lo más probable es que los oyentes de Ezequiel hubieran quedado cautivados por esta visión. Por encima de todo, la promesa de Dios de estar con su pueblo habría mantenido a su audiencia cautivada.

En esto consiste la visión de Dios que regresa a un templo reedificado en el capítulo 43. Incluso cuando Ezequiel había visto la gloria del Señor apartarse del templo y de la ciudad en los capítulos 10 y 11, ahora ve a Dios regresar a su templo:

«1 Me llevó luego a la puerta, a la puerta que mira hacia el oriente; 2y he aquí la gloria del Dios de Israel, que venía del oriente; y su sonido era como el sonido de muchas aguas, y la tierra resplandecía a causa de su gloria. 3Y el aspecto de lo que vi era como una visión, como aquella visión que vi cuando vine para destruir la ciudad; y las visiones eran como la visión que vi junto al río Quebar; y me postré sobre mi rostro. 4Y la gloria de Jehová entró en la casa por la vía de la puerta que daba al oriente. 5Y me alzó el Espíritu y me llevó al atrio interior; y he aquí que la gloria de Jehová llenó la casa».

Ezequiel profetizó que los exiliados regresarían a la tierra, y aquí promete que el templo destruido sería reedificado y lleno de nuevo con la presencia de Dios. Dios moraría una vez más con su pueblo. De la renovada presencia y el gobierno de Dios, fluirían innumerables bendiciones, así como un río fluiría del nuevo templo (capítulo 47).

El propósito de esta visión del templo era resaltar una relación restaurada de Dios con su pueblo. Así que el último versículo del libro es una acertada consigna: «Y el nombre de la ciudad desde ese día será el Señor está allí» (48:35b) (LBLA). El libro nos deja con la imagen de Dios para siempre con su pueblo. Ezequiel es, en cierto sentido, el equivalente del Antiguo Testamento al libro de Apocalipsis, especialmente dadas las últimas visiones de Dios en Apocalipsis, el juicio de Dios y la ciudad celestial.

En el libro de Esdras, aprendemos que los exiliados regresaron a la Tierra Prometida y reedificaron el templo, sin embargo, no tenemos registro de la gloria del Señor llenando el templo como lo hizo en la inauguración del primer templo de Salomón. Pero siglos más tarde, el mismo Emanuel entraría en los recintos del templo en Jerusalén. Y en esa visión final de la ciudad celestial en el libro de Apocalipsis, la comunión con Dios sería aún más íntima. El pueblo de Dios celebraría no solo en su presencia, lo cual es maravilloso, sino viéndole plenamente, habitaría con él para siempre.

Al igual que Apocalipsis, Ezequiel cierra con la gloriosa esperanza del paraíso. A cada tribu se le promete una parte de una tierra renovada, y una tierra que parece apuntar más allá de lo que Esdras y Nehemías volvieron a encontrar. Una tierra que todavía esperamos.

Para nuestros propósitos aquí, todavía hay dos preguntas por responder. Primero, ¿*por qué* Dios ofrecería esta renovada esperanza a su pueblo infiel? Por encima de todo, Dios promete cambiar a su pueblo y restaurarlo a sí mismo por su propio nombre.

«22Por tanto, di a la casa de Israel: Así ha dicho Jehová el Señor: No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino *por causa de mi santo nombre*, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado. 23Y *santificaré mi grande nombre*, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que *yo soy Jehová*, dice Jehová el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos» (36:22-23).

Segundo, ¿*cómo* restaurará Dios a los pecadores? Después de todo, él es santo. ¿Cómo puede ignorar el pecado atroz y traer a los pecadores a su presencia? Bueno, Ezequiel solo ilumina sutilmente la respuesta a esta pregunta; pero sí vemos que Dios simplemente no ignorará este pecado, sino que lo tratará. Repetidamente, Dios llama a Ezequiel «hijo de hombre». Y este hijo de hombre simboliza la carga del pecado en su cuerpo cuando se acuesta de lado (4:4, 5, 6). Y en el capítulo 16, Dios promete un tiempo en el que perdonará la infidelidad de Israel (16:63).

Dios también promete que llegaría un día en que juzgaría a los pastores inútiles del pueblo: «Y levantaré sobre ellas a un pastor, y él las apacentará; a mi siervo David, él las apacentará, y él les será por pastor. Yo Jehová les seré por Dios, y mi siervo David príncipe en medio de ellos. Yo Jehová he hablado» (34:23-24). Ese día, también otorgará a su pueblo un «pacto de paz» (34:25). ¿Quién sería este futuro pastor? ¿A quién señala este hijo de hombre? Nada menos que a Jesucristo, que se llamó a sí mismo Hijo del Hombre y dio su vida por sus ovejas (Juan 10:15). Al entregar su vida en la cruz, pagó los pecados de todos aquellos que alguna vez se arrepentirían y creerían. Trajo la paz para los rebeldes listos para deponer las armas. Trajo el perdón para los pecadores que querían acabar con el pecado y sabían que no podían hacer nada para ser perdonados. Solo por medio de Cristo podemos reconciliarnos con el Padre.

Ese es nuestro recorrido por Ezequiel. Dios está con su pueblo, y hará un camino para que estén verdaderamente con él en el cielo. Pero para ver más acerca de esa futura visión celestial, tendremos que esperar hasta la próxima semana cuando lleguemos a Daniel.

Oremos.